

---

## El Reino de Dios: Estableciendo el Gobierno de Cristo

---

Por John Wimber

Quizás nada domina más en los evangelios que el concepto del Reino de Dios. Por ejemplo, al comienzo del evangelio de Marcos leemos: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del Reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1.14-15). En Mateo 4.23, antes de comenzar una larga enseñanza, Mateo resumió el ministerio de Jesús en Galilea mencionando tres cosas: “Enseñando en las sinagogas, predicando las buenas nuevas del reino, y sanando todo mal y enfermedad de las personas.” Mateo repite este resumen de nuevo en 9.35. En 10.7, después que Jesús dio autoridad a los discípulos para echar fuera demonios y para sanar a los enfermos, les instruye para que prediquen que “el reino de los cielos se ha acercado”, luego les dice, “sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, echad fuera demonios”. La palabra Reino, siempre estaba en la boca de Jesús.

El Doctor James Kallas, en su libro *Jesus and the Power of Satan (Jesús y el Poder de Satanás)*, sugiere que, ya que Jesús nunca explicó lo que significaba el Reino, él asumió que la gente lo sabía (o pensó que sabían) lo que realmente significaba (Kallas 1968, 119). En el Antiguo Testamento, el Reino de Dios estaba relacionado con las expectativas de los judíos acerca de la venida del Mesías. Estaba conectado con la escatología judía, con su esperanza para el futuro. En el judaísmo histórico, el Reino de Dios era comprendido en un sentido nacionalista. La gente albergaba una esperanza militar, geográfica y terrenal, de que un reino nacionalista podría establecerse alguna vez. Sería un imperio futuro tal como los “buenos tiempos pasados” del Rey David. Los judíos del primer siglo buscaban otro rey semejante al rey David, un Mesías ungido para guiarles hacia el poder político por medio del poder militar. Cuando Jesús habló del Reino de Dios, la mayoría de las personas pensaron en un reino de este mundo, poblado por judíos, sin aspectos futuros ni espirituales. Juan 6.15 claramente apoya esto: las personas querían que Jesús fuera su rey. Este también era el anhelo de los discípulos, aún después de haber estado con él durante años (Hechos 1.6)

Cuando Jesús habló del Reino no se refería a un reino terrenal y nacionalista, ni tampoco hablaba exclusivamente de un reino celestial y futuro, como llegó a interpretarse el *Reino de Dios* durante el período intertestamentario. Él anunciaba el hecho de que Él estaba estableciendo su gobierno en esta tierra. Satanás ya nunca más tendría dominio completo sobre la tierra y sus habitantes – Jesús había venido con un solo propósito en su mente: destruir la actividad de Satanás en el mundo. Dos de las formas en que Él hizo esto fue sanar a los enfermos y echar fuera demonios. Aquí estaban los ejemplos de conflicto entre Jesús y Satanás. Se libró la batalla por la propiedad y el gobierno sobre los seres humanos. En forma similar otras áreas se invadieron: el hambre (Juan 6), las catástrofes naturales (Marcos 4.35 y sig.), la enfermedad (Lucas 7.21), y la muerte (Lucas 7.11 y sig.). En todas estas batallas, Jesús fue y sigue siendo el vencedor.

En Mateo 12.22-31, Jesús aclara que la lucha en la que él está, no es una guerra civil dentro de un reino. Es una batalla entre el reino de Dios y el reino del diablo. El hombre

fuerte, Satanás, está atado, así que su casa (el reino de Satanás) puede ser saqueado. El poder de Satanás está refrenado, pero no se ha quedado completamente sin poder (Mateo 16.23; Marcos 8.33; Lucas 22.3).

Es entonces, bastante obvio que la guerra cósmica ha sido declarada. Jesús ha venido para invadir el reino de Satanás y para derrotarlo. Esta misión de implantar el Reino de Dios también la dio Jesús a los discípulos (Lucas 10.8-9). Fue en su predicación y milagros que Jesús vió la caída de Satanás, es decir, la derrota de Satanás (Lucas 10.8-9). Los enemigos del Reino de Dios no son fuerzas físicas sino espirituales (Efesios 5.11-12).

Cuando Jesús dejó la tierra, él dijo a los discípulos que recibirían poder para llevar a cabo la misión que Él había comenzado (Hechos 1.1-8). Esto incluía sanar a los enfermos (espiritual, física y emocionalmente), y echar fuera demonios. Para todo esto se necesita poder, y eso es lo que Él prometió en Hechos 1.8.

Una última ilustración nos ayudará a clarificar esta continua batalla por el gobierno. Oscar Cullman en *Christ and Time (Cristo y el Tiempo)* habla acerca del día D y del día V, de la Segunda Guerra Mundial. El día D fue el 6 de Junio de 1944. Para todos los intentos y propósitos, el resultado de la guerra se decidió en este largo día de batalla. Los aliados fueron los vencedores. Sin embargo, la guerra no terminó hasta el día V, el 7 de Mayo de 1945 (Cullman 1964, 1). Hubo más pérdidas de vidas durante este período que en cualquier otro durante la guerra. Aún así la victoria había sido determinada, la guerra pronto terminaría. Así es con Jesús. Dios plantó su bandera en la forma de la cruz de Jesús. La tierra es el territorio. Dios ha derrocado al enemigo en el nacimiento, vida, muerte y resurrección y ascensión de Jesús. La guerra no ha terminado, pero el resultado está asegurado, la Iglesia que ha sido llamada como el ejército de Dios – continuará asaltando las ciudadelas de Satanás, y a través de ella Dios implantará su gobierno.

Hemos sido llamados para unirnos a la batalla en todos los frentes; por lo tanto, debemos aprender a permitir que Dios nos gobierne, y que gobierne nuestro hogar, nuestra iglesia y nuestra ciudad y llevar su reino a quienes están aún atados en el reino de Satanás.